



VIGENCIAS DEL ANTIIMPERIALISMO LATINOAMERICANO

Andrés Kozel*

1. Revitalización

Sería difícil poner en cuestión que el antiimperialismo constituye una dimensión nodal de la tradición ideológico-cultural latinoamericana. Igualmente arduo sería rebatir que se trata de una disposición que se ha visto sensiblemente revitalizada en los últimos lustros. A esto han contribuido, de maneras más o menos evidentes, una serie de procesos y acontecimientos de orden político sobre cuya importancia y novedad no parece necesario insistir.

Varios de los hitos cruciales ligados a la revitalización de la disposición antiimperialista han tenido como protagonista principal a Hugo Chávez, presidente de Venezuela entre 1999 y 2013. ¿Cómo no recordar sus intervenciones en la doble cumbre de noviembre de 2005 en Argentina –“¡AL-CA, AL-CA, AL-CArajo!”–; su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas de septiembre de 2006 –“Ayer estuvo el diablo aquí, en este mismo lugar; huele a azufre todavía”–; su discurso en ocasión de la expulsión del embajador estadounidense en Venezuela, en solidaridad con Bolivia, en septiembre de 2008 –“¡Váyanse al carajo, yanquis de mierda, que aquí hay un pueblo digno (...), váyanse al carajo cien veces...”!–; su gesto de obsequiarle, en público, el libro *Las venas abiertas de América Latina* al flamante presidente estadounidense Barack Obama en abril de 2009; su contundente autodefinición como “radicalmente antiimperialista”?

Si es cierto que las intervenciones de Chávez ocupan un lugar prominente en esta dinámica de revitalización –debido, entre otras cosas, a su alta densidad simbólica, a su enorme proyección y, también, a su capacidad para articularse con otros procesos, en especial los que conciernen a la integración regional y a la búsqueda de nuevas alianzas a nivel global–, también lo es que no han sido las únicas. En el lapso que estamos considerando, Fidel Castro y los ámbitos de producción de ideas a él ligados no han dejado de expresarse en sentidos análogos. El siglo XX cubano se abrió con la controversia asociada a Elián González, el niño balseiro retenido por un tiempo en los Estados Unidos. Haciendo uso de consignas antiimperialistas, decenas de miles de personas reclamaron por la devolución de Elián frente a la Oficina de Intereses de Estados Unidos. Ulteriormente, el líder cubano –prototipo viviente del antiimperialismo– continuó realizando declaraciones antagónicas a los gobiernos estadounidenses y respaldó de manera abierta las posiciones de Chávez, incluso tras haber dejado el gobierno de la isla. También son conocidas las declaraciones antiimperialistas de los presidentes Rafael Correa y Evo Morales. En octubre de 2013, pocos meses después del incidente en el que fuera retenido en Europa su avión oficial, y justo en ocasión de su 54° cumpleaños, Evo Morales declaró que iba “a morir antiimperialista”. Antes, en 2008, había expulsado al embajador estadounidense y había suspendido indefinidamente las actividades de la DEA en Bolivia. Una de las derivaciones de la retención del avión presidencial fue la “Cumbre antiimperialista-anticolonialista”, realizada en Cochabamba a mediados de 2014. Cuando en 2009 se produjo el golpe de Estado en Honduras,

varios actores y analistas vincularon el acontecimiento con la injerencia estadounidense; Fidel Castro realizó significativas declaraciones que tematizaron la tensión entre el poder civil y el Pentágono: a sus ojos, había que aprovechar que “todavía las legiones (no habían) asumido, como en Roma, el mando del imperio”. Algo parecido sucedió ante la destitución del presidente paraguayo Fernando Lugo a mediados de 2012: el tema de la injerencia –tanto del Departamento de Estado como de corporaciones multinacionales ligadas al agro-negocio– volvió a agitarse en la ocasión.

Durante el lapso considerado también tuvieron lugar episodios que suscitaron respuestas de coloración antiimperialista en Brasil y en Argentina. Algunos son muy recientes. En el caso brasileño, en septiembre de 2013 la presidenta Dilma Rousseff denunció en la Asamblea General de las Naciones Unidas la injerencia estadounidense bajo la forma de espionaje sobre las comunicaciones privadas de la propia mandataria y de la empresa Petrobras. El reclamo de Rousseff fue tan firme como resonante; sin embargo, sus declaraciones tuvieron un tono distinto a las de Chávez, permaneciendo dentro de los límites de la prudencia diplomática. Al haber puesto abiertamente en evidencia la injerencia estadounidense, la intervención de Rousseff –que se articuló con la suspensión de la visita de Estado que estaba prevista para el mes siguiente– contribuyó, aunque más no sea de modo indirecto, a la revitalización de la disposición antiimperialista.

En cuanto a Argentina, el largo conflicto con los fondos buitres adquirió una proyección enorme hacia julio de 2014, movilizándolo no sólo planteamientos ligados a la defensa de la soberanía nacional, sino también una retórica de indudable coloración antiimperialista. No fue ésta la única situación en la que se puso en funcionamiento este tipo de retórica en el país: la renovación del reclamo por la soberanía de las Islas Malvinas a partir de *circa* 2010 es otra de las dinámicas en las que se ponen en movimiento el lenguaje y la simbología antiimperialistas.

Pero, más que seguir inventariando episodios con la ilusoria finalidad de “completar” un listado que podría alargarse *ad infinitum*, interesa destacar de un modo especial cuatro cuestiones. La primera es que pocas veces se había registrado en la historia latinoamericana un fenómeno de esta naturaleza. Hay quienes asocian el “momento latinoamericano” de los últimos lustros con las fulguraciones latinoamericanistas de los años veinte y sesenta del siglo XX, cuando también habían sido activadas –desde luego que con variantes– la retórica, la simbología y la galería de gestos asociados a la disposición antiimperialista. Hay buenas razones que justifican el trazado de este tipo de paralelismo. Sin embargo, da la impresión de que lo que sucede en nuestros días posee algunos rasgos inéditos. En estos años hemos asistido y seguimos asistiendo a la singular experiencia de ver a varios de los primeros mandatarios de la región realizando declaraciones y desplegando gestos claramente antiimperialistas, o promoviendo, con mediaciones más o menos importantes, dicha disposición. No se trata de uno o de dos jefes de Estado, sino de varios, que además han solido intervenir en forma relativamente concertada e, incluso, brindándose apoyo mutuo.

La segunda cuestión es que los hitos mencionados (re)activan y actualizan una retórica, una narrativa, una simbología y un repertorio gestual preexistentes. Las remisiones al acervo ideológico-cultural no son meras imputaciones de los analistas, sino que forman parte medular de las estrategias discursivas de los actores. En ocasiones, esto ha sucedi-

* Investigador del CONICET y profesor de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín. Coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.



do de manera abierta, como en las intervenciones de Hugo Chávez. No se trata tan sólo de la evocación, por su parte, de la figura de Simón Bolívar –ciertamente multicitada– ni, tampoco, del especialísimo lugar en que, por medio del gesto antes aludido, colocó a un libro emblema como *Las venas abiertas...* Se trata, también, de sus referencias constantes y contundentes a otros procesos y de sus creativas apropiaciones de variadas zonas del acervo cultural. Los ejemplos son numerosos; compilarlos y disponerlos arrojaría algo así como un panteón de la resistencia. Durante su intervención en Naciones Unidas en septiembre de 2006, mencionó, en un momento importante de la argumentación, una canción de Silvio Rodríguez. En ocasión del discurso pronunciado en febrero de 2012 con motivo del aniversario del Congreso de Angostura, acudió a la imagen del tiburón y las sardinas para graficar la naturaleza de la relación entre los Estados Unidos y América Latina, refiriendo una canción de Alí Primera. La imagen del tiburón y las sardinas posee un linaje significativo, en particular en Centroamérica y el Caribe. Además de la conocida canción “Tiburón”, de Rubén Blades, destaca, en un lugar principalísimo, la *Fábula del tiburón y las sardinas. América Latina estrangulada*, de Juan José Arévalo, presidente de Guatemala entre 1945 y 1951: la *Fábula* se publicó en México poco después del golpe de Estado de 1954, llevado a cabo con intervención de la CIA. Durante el reciente conflicto entre Argentina y los fondos buitres llegaron a verse en las calles de Buenos Aires afiches que parangonaban la actual disputa con la que en 1945 enfrentara al futuro presidente Juan Domingo Perón con el embajador estadounidense Spruille Braden. Este tipo de ejemplos también podría multiplicarse *ad libitum*.

La tercera cuestión que interesa poner de relieve es que hay también una “vida del antiimperialismo” que transcurre en otras zonas de la vida social. Indudablemente, esa “otra vida” se ha visto favorecida por el contexto general aludido, y ha contribuido a vigorizarlo. Los ejemplos son, de nuevo, numerosos: la canción “Latinoamérica”, de la banda puertorriqueña Calle 13, posee componentes claramente antiimperialistas; algo parecido puede afirmarse de la novela *La libreta negra. El imperio contra la integración de América Latina*, de Fernando Braga Menéndez; el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes se ha articulado con la revitalización del antiimperialismo; distintos movimientos sociales despliegan consignas enraizadas en la tradición antiimperialista; múltiples protestas en defensa del medio ambiente acuden a motivos caros a esa misma constelación de significados. Es preciso no confundir esta “otra vida” del antiimperialismo con las manifestaciones de los jefes de Estado. En ciertas ocasiones convergen; en otras, no. Visualizar la distinción abre la posibilidad de debatir, entre otras cosas, “qué gana” y “qué pierde” el antiimperialismo cuando es prédica oficial y cuando no lo es.

La cuarta cuestión tiene que ver con advertir que, en la mayor parte de América Latina, que el antiimperialismo no es una disposición compartida por la totalidad de la población. Por medio de un índice construido con base en los resultados de distintos sondeos de opinión, recientemente se intentó calibrar el “antiamericanismo” –que no es, en rigor, equivalente a antiimperialismo– en dieciocho países de América Latina. El análisis de los datos reveló que hablar de antiamericanismo en América Latina sería exagerado. La excepción a la regla es el caso argentino, donde la disposición antiamericana aparece como llamativamente elevada, incluso más que en países como Ecuador, Bolivia y Venezuela (Merke y Pauselli, 2014). Es importante consignar que las encuestas se realizaron con anterioridad a julio de 2014, de tal manera que no cabe atribuir los resultados al clímax de la disputa con los fondos buitres.

2. Recentramiento

Entre las esferas en las que se ha expresado la revitalización de la disposición antiimperialista figura el ámbito académico. Los estudios sobre imperialismo y antiimperialismo han experimentado un notorio recentramiento en los últimos lustros. Aún cuando hay razones intradisciplinarias a las que sería preciso atender para comprender todos los pormenores de esta dinámica, es indudable que se trata de un fenómeno que debe enmarcarse dentro del contexto más amplio referido. El recentramiento de estos estudios se ha hecho sentir sobre al menos tres cauces que, aunque interrelacionados, conviene distinguir: la historia intelectual y cultural, los estudios sobre injerencia y los abordajes asociados a la economía política y a la geopolítica.

En lo que respecta a la historia intelectual y cultural, los estudios de temática antiimperialista que han visto la luz en los últimos años han tenido distintos efectos, todos muy importantes. En primer lugar, han contribuido a consolidar y a ampliar el canon, llamando la atención sobre figuras y/o experiencias (semi)olvidadas; en algunos casos, han acompañado procesos de edición y reedición de obras fundamentales a las que, hasta hace poco, era difícil acceder. Ejemplos. El Centro Acadé-

mico de la Memoria de Nuestra América de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (CAMENA-UACM) –donde se encuentra el Archivo Gregorio y Marta Selser, íntegramente disponible en línea– (re)editó la *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, de Gregorio Selser, hito capital de los estudios de injerencia. Es muy importante también la labor realizada por el Seminario de Historia Intelectual de América Latina de El Colegio de México, coordinado por Alexandra Pita, en cuyo sitio web se ha puesto a disposición del público interesado una serie de textos antiimperialistas clásicos. En Costa Rica se ha dado a conocer una antología de textos antiimperialistas de Octavio Jiménez (Quesada Monge y Oliva, 2008); más recientemente, se ha publicado un conjunto de obras de Vicente Sáenz, en varios volúmenes, precedidos por un tomo que reúne estudios alusivos (Lopes, 2013). En la última década, aparecieron en Argentina obras y estudios sobre figuras que hasta no hace mucho permanecían en relativa penumbra: Manuel Ugarte, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui. Sin ser los únicos, los aportes de Norberto Galasso –en particular, sus logradas y empáticas biografías– ocupan un lugar destacado.

En segundo lugar, estos estudios han ayudado a conocer más rigurosa y profundamente corpus, itinerarios y redes intelectuales que hasta poco permanecían como territorios inexplorados. A modo de ilustración cabe mencionar las investigaciones de Daniel Kerssfield (2012) sobre la Liga Antiimperialista de las Américas, de Alexandra Pita (2009) sobre la Unión Latinoamericana y de Ricardo Melgar Bao (2010; 2005) y Martín Bergel (2012; 2009) sobre las redes apristas. Sin duda, estas aproximaciones han enriquecido y renovado nuestros conocimientos de ese lapso crucial que fueron los años veinte y treinta. De la mano de una renovación historiográfica que rebasa la temática antiimperialista, varios de estos abordajes procuran poner el acento sobre aspectos tales como las redes intelectuales, los soportes materiales de la producción ideológica, los procesos de recepción.

En tercer lugar, estos estudios han avanzado en la dirección de historizar más adecuadamente el antiimperialismo latinoamericano, analizando con creciente refinamiento las articulaciones y las filiaciones semánticas, conceptuales y simbólicas. El texto introductorio y los diversos estudios que componen el volumen colectivo coordinado por Alexandra Pita y Carlos Marichal ilustran bien el punto (Pita y Marichal, 2012). También lo hace un libro reciente de Ana María Vara (2013), el cual, en su empeño por comprender la genealogía –en particular la genealogía literaria– del modo de narrar la historia latinoamericana patente en protestas ambientales de estricta actualidad, revisita *Las venas abiertas...*, para adentrarse luego en la revisión de la producción de Rafael Barrett, pasando por algunos cuentos de Horacio Quiroga, por *El tungsteno*, de César Vallejo, y por *Huasipungo*, de Jorge Icaza.

Por su parte, los recientes estudios sobre injerencia estadounidense en América Latina muestran claramente que la temática de la injerencia es de innegable actualidad. Un libro como *La telaraña imperial. Enciclopedia de injerencia y subversión* se sitúa claramente en el surco cultivado por Selser; a lo largo de sus páginas, se accede a información acerca de la densa trama injerencista, en la que convergen el nivel político y militar, la esfera corporativa y una amplia y variada gama de entidades supuestamente independientes (Golinger y Migus, 2008). Es interesante puntualizar que en una línea emparentada con los estudios de injerencia han visto la luz estudios de historia de las relaciones internacionales, como son, por ejemplo, los aportes de Leandro Morgenfeld (2012, 2011) y Silvina Romano (2013). En análoga dirección vale la pena mencionar, en un lugar capital, la aparición en portugués y la difusión que adquirieron recientemente en castellano los magníficos estudios de Luis Alberto Moniz Bandeira (2011, 2010, 2007). Aún cuando pueda debatirse si Moniz es o no un autor antiimperialista en sentido estricto –pareciera más acertado caracterizarlo como nacionalista-pragmático–, sus obras perfectamente se prestan a ser leídas desde esa clave. Cabe mencionar asimismo el ambicioso volumen dado a conocer por Rodrigo Quesada Monge (2012), en el cual se propone un recorrido de dos siglos por la historia latinoamericana, centrando el foco en el fenómeno del imperialismo –el “histórico” (siglo XIX) y el “permanente” (de 1898 a nuestros días), distinguiendo sub-periodos en cada caso–.

Finalmente, los abordajes y teorizaciones asociados a la economía política y la geopolítica también han mostrado una innegable vitalidad en los últimos años. Tras el colapso de la Unión Soviética, la literatura teórico-crítica había tematizado la vigencia del imperialismo –fenómeno y concepto– en el nuevo contexto. La aparición, en el año 2000, del libro *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri, reavivó y renovó los términos del debate. Las tesis de *Imperio* fueron discutidas desde América Latina por Atilio Borón, un autor clave en la materia –tanto en lo que concierne a la puesta de relieve de la injerencia como en lo que respecta a los esfuerzos por conceptualizar el fenómeno imperial y sus mutaciones–. Este debate y otros conexos se adentran en cuestiones tanto económicas –cómo ha de caracterizarse la crisis global– como

geopolíticas –en qué sentido y hasta qué punto cabe hablar de decadencia estadounidense; en qué medida puede hablarse de policentrismo o multipolaridad; cuáles son los horizontes que se abren con la emergencia y consolidación de los colosos asiáticos; qué papel pueden tener los bloques regionales–. En esta línea vale la pena consultar los estudios que componen el volumen colectivo preparado por Julián Kan y Rodrigo Pascual (2013). También, la aproximación de Raúl Zibechi (2013) al caso de Brasil, en particular, a su condición de (nueva) potencia imperialista en la región. Zibechi actualiza y somete a debate la tesis clásica de Ruy Mauro Marini sobre el sub-imperialismo.

Los estudios de injerencia y de economía política y geopolítica llevados adelante desde esta clave son, más que estudios sobre el antiimperialismo, abordajes críticos del fenómeno imperial/imperialista. En otras palabras, son estudios antiimperialistas del imperialismo, y seguramente serán objeto de estudio de los futuros historiadores del antiimperialismo. Dado que participan de la dinámica de revitalización/recentramiento aludida, no se los podía dejar fuera de consideración. En el *Coloquio Internacional* que nuestro GT co-organizó con el Centro de Estudios de Historia y las Culturas de América Central y el Caribe de la Universidad Católica Redemptoris Mater de Managua, se buscó hacer converger, en un mismo ámbito, los tres cauces referidos. Pensado como homenaje a Augusto C. Sandino, el Coloquio tuvo lugar en junio de 2014: sus resultados fueron estimulantes desde múltiples puntos de vista.

3. Localización y significación

Recapitemos. En los últimos lustros el antiimperialismo se ha revitalizado y los estudios sobre el imperialismo y el antiimperialismo han adquirido renovada centralidad. En buena medida gracias al creciente refinamiento de los estudios disponibles, hoy sabemos que, lejos de presentarse como una superficie plana y asociada a significaciones unívocas, la trama antiimperialista se caracteriza por una notoria heterogeneidad doctrinaria, conceptual, expresiva e instrumental. Cabe preguntarse si acentuar este hecho implica admitir la ausencia de denominadores comunes de peso y, más allá y derivadamente, la imposibilidad de que los estudios sobre el antiimperialismo puedan ofrecer, en una suerte de “naufragio ideográfico”, algo más que descripciones de figuras, obras y configuraciones particulares.

Pero, ¿qué es, estrictamente hablando, el antiimperialismo? Una primera idea que es preciso introducir es que no todo es evidente aquí. Interesa, entonces, tratar de avanzar en el esclarecimiento de algunos aspectos ligados a esa “no evidencia”. En principio, el antiimperialismo podría definirse como una modalidad de la resistencia política y cultural que involucra aspectos diversos, entre los que cabe mencionar un tipo de discurso, una retórica, una simbología, una serie de gestos dotados de rasgos específicos. Por esta vía es posible avanzar en la formalización de matrices discursivas y en la identificación de procedimientos formales típicos. La caracterización que ofrece Ana María Vara de la matriz narrativa sobre la que se apoya lo que designa el “contra-discurso neocolonial de los recursos naturales” y mi propio intento de inventariar una serie de rasgos del “ensayo histórico antiimperialista”, son esfuerzos que, aunque no necesariamente sumables, se orientan en esa dirección (Vara, 2013; Kozel, 2012; 2010). Sin embargo, y aún cuando constituye un buen punto de partida, una definición así dista de resolver todos los problemas implicados. Un problema medular tiene que ver con cómo pensar la localización del antiimperialismo en el campo ideológico. Plantearse adecuadamente este problema supone la forja de herramientas analíticas apropiadas para pensar las relaciones entre lo particular y lo general; se trata, en definitiva, de enfrentar algunos temas clásicos asociados a la teoría de conjuntos, pero también de otras cosas.

Para comenzar, parece conveniente, hacer a un lado las definiciones del antiimperialismo que lo conceptúan como un cuerpo doctrinario o sistema ideológico *particular*. Por esta vía, el antiimperialismo aparecería como *una* ideología *entre otras*, a las cuales se contrapondría en la disputa en torno a la verdad acerca de lo social. Ocurre que, si se mira con detenimiento, el antiimperialismo no parece ser un fenómeno de ese tipo. No sería difícil mostrar, en efecto, que el antiimperialismo “se hace presente” en más de una doctrina o ideología particular. Habría, de hecho, dosis importantes de verdad histórica y de justicia hermenéutica en admitir que, en América Latina, el antiimperialismo no ha sido antes ni es hoy “de alguien” en particular. Siendo de nadie y, potencialmente, de todos, el antiimperialismo no parece ser exactamente un cuerpo doctrinario o un sistema ideológico, como sí lo serían, al menos en principio, el anarquismo, el socialismo, el liberalismo, el conservadorismo.

Pero entonces, ¿de qué estamos hablando? Una posibilidad sería argumentar que el antiimperialismo es un elemento, algo así como un or-

namento o voluta, que aparece integrando y eventualmente enriqueciendo y/o complicando algunos cuerpos doctrinarios o sistemas ideológicos particulares. De seguirse esta vía, se abren enseguida nuevas preguntas, relativas a los grados de afinidad entre cada uno de los distintos cuerpos doctrinarios y el componente antiimperialista, al peso relativo que éste puede adquirir dentro de los cuerpos permeables a su incidencia, a los eventuales efectos del componente–catalizadores, distorsivos, decorativos, etc.– sobre los “equilibrios internos” de los cuerpos. Ninguna de esas preguntas carece en principio de interés. Sin embargo, cuestiones muy importantes siguen quedando pendientes de resolución. Porque, ¿qué significa que en una determinada cultura política se den las condiciones para que un elemento como el antiimperialismo “flote” allí, en el campo ideológico, como a la espera de ser convocado por esos *bricoleurs* productores de ideología que son los intelectuales? ¿Es ésa una imagen adecuada para comprender la compleja dinámica ideológico-cultural?

Sucede que si el componente antiimperialista aparece y reaparece con tanta insistencia, articulándose a distintos cuerpos doctrinarios y sistemas ideológicos particulares, es porque posee aptitudes que le permite cumplir con determinadas funciones y, también, y más fundamentalmente, porque remite a disposiciones situadas a un nivel más profundo. Avanzar en esta línea de reflexión abre la posibilidad de pensar al antiimperialismo como una sensibilidad subyacente o como un gran telón de fondo más o menos inescapable, sino para todas, al menos para algunas “familias” doctrinarias e ideológicas. Este modo de enfocar el tema habilitaría a pensar el antiimperialismo como un imaginario particular e, incluso, más ampliamente, como una de las dimensiones del imaginario social, colocándolo en relación estrecha con núcleos de significaciones socialmente decisivas.

En pocas palabras, el antiimperialismo así entendido sería un componente activable desde distintas posiciones ideológicas, dado su enraizamiento en disposiciones ubicadas en capas más profundas de significación. El antiimperialismo puede así ser voluta u ornamento –más o menos funcional o disfuncional–, pero puede ser también más cosas, dependiendo del caso. Mentar la ubicuidad relativa y el profundo anclaje del antiimperialismo no equivale a mentar su omnipresencia ni, tampoco, la adhesión generalizada a los núcleos de significados que porta. Nuestras sociedades se caracterizan, entre otras muchas cosas, por el carácter constante de las disputas por el sentido y la verdad acerca de lo social: franjas enteras de los sistemas ideológicos particulares –más o menos importantes según el caso– pueden “rechazar” el componente antiimperialista, o ser relativamente indiferentes a él. Aún cuando nada está completamente predeterminado en la esfera de las significaciones, el papel de las tradiciones y las sagas simbólicas es de la mayor importancia aquí. Podría sostenerse que, así como habría tradiciones sensibles, permeables, afines, a la disposición antiimperialista, habría otras inmunes, impermeables, ajenas. Este modo de enfocar el antiimperialismo parece productivo en la medida que permite visualizar tanto su “capacidad” de conectar con, y eventualmente de ser funcional a, distintos cuerpos doctrinarios –cada uno de ellos sostenido, a su vez, sobre tradiciones y sagas específicas–, como su enraizamiento en capas más profundas de significación.

Si se acepta el razonamiento precedente, se imponen nuevas preguntas, algunas de las cuales son de difícil resolución. Una tiene que ver, obviamente, con establecer cuáles serían esas capas más profundas de significación en las que eventualmente enraíza la disposición antiimperialista. No está dentro de mis posibilidades caracterizar el imaginario social latinoamericano, para pasar a determinar luego, resueltamente, la localización precisa del antiimperialismo. Todo lo que puedo decir a este respecto es algo que parece ser pueril y profundo a la vez. ¿Será excesivo sostener que el imaginario social latinoamericano es un imaginario que, cimentado sobre una experiencia primordial de diferencialidad con respecto al curso dominante de la modernidad –y a los Estados Unidos, su cristalización emblemática–, se presenta como radicalmente escindido en lo que respecta a cómo relacionarse con esa experiencia primordial? ¿Qué hay detrás de expresiones como “yanquis go home”, “AL-Carajo”, “fuera buitres” y tantas otras, sino la intuición esperanzada según la cual, librados estos países de la opresión, algo distinto –distinto a lo actualmente existente, pero también distinto a aquel otro curso, el dominante– y valioso –valioso justamente con base en su diferencialidad– podría (re)surgir, para dar lugar a un futuro mejor, quizá más próspero, seguramente más digno? ¿Qué hay detrás de expresiones tales como “prefiero morir de pie que vivir de rodillas” sino la exploración del *pathos* trágico asociado a la defensa de las dignidades últimas del ser humano? Simétricamente, ¿qué hay detrás de los cuestionamientos que, en nombre del realismo, llaman la atención sobre la irresponsabilidad flagrante de las decisiones y rumbos que se derivan de aquella intuición esperanzada, sino el hondo y primordial temor a quedarse solos, aislados y miserables en el mundo? ¿Qué hay allí sino la convicción, marcada ante todo por la prudencia, de que es preciso aceptar la dominancia del dominante y moverse dentro de sus límites...? Quisiera concluir se-

ñalando que con la introducción tentativa de la imagen conjetural de un imaginario social cimentado sobre la experiencia escindida de una diferencialidad primordial no me propongo reavivar maniqueísmos elementales –no es así como “funcionan” las dimensiones simbólica e imaginaria, pletóricas de combinaciones y de deslizamientos más o menos imprevisibles–, sino aportar elementos para continuar debatiendo acerca de la localización y el significado de un hecho social complejo, de hondo arraigo y plenas vigencias.

Bibliografía

- Ansart, Pierre (1983). *Ideología, conflictos y poder*, Puebla, Premiá.
- Bergel, Martín (2012). “Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia, de Manuel Seoane. Viaje y deriva latinoamericana en la génesis del antiimperialismo aprista”, en Alexandra Pita González y Carlos Marichal (comps.), *Pensar el antiimperialismo*.
- _____. (2009). “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Universidad de Tel Aviv, Vol. 20, N° 1, enero-junio.
- Borón, Atilio, (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, Buenos Aires, Luxemburg.
- _____. (2005). *Imperio e Imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, CLACSO.
- Braga Menéndez, Fernando (2013). *La libreta negra. El imperio contra la integración de América Latina. Novela*, Buenos Aires, Prosa y Poesía American.
- Castoriadis, Cornelius (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets (1ª ed. 1975).
- Golinger, Eva y Romain Migus (2008). *La telaraña imperial. Enciclopedia de injerencia y subversión*, Caracas, Centro Internacional Miranda.
- González, Horacio (2012). “Fisonomía de Griesa”, en *Página 12*, Buenos Aires, 27 de noviembre.
- Kan, Julián y Rodrigo Pascual (comps.) (2013). *Integrados (?)*. Debates sobre las relaciones internacionales y la integración regional latinoamericana y europea, Buenos Aires, Imago Mundi.
- Kersfeld, Daniel (2012). *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas*, México, Siglo Veintiuno.
- Kozel, Andrés (2012). “Carlos Pereyra y El mito de Monroe”, en Pita González, Alexandra y Carlos Marichal (comps.), *El antiimperialismo latinoamericano*.
- _____. (2010). “Prólogo”, a Gregorio Selser, *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, México, UACM/UNAM, Tomo III (1899-1945).
- Lopes, Gilberto (ed.) (2013). *Tras las huellas de Vicente Sáenz. A los 50 años de su muerte*, Costa Rica, EDUPUC.
- Melgar Bao, Ricardo (2010). “Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile”, en Carlos Altamirano (director), *Historia de los intelectuales latinoamericanos. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz.
- _____. (2005). “Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México, 1923-1924”, en VVAA, *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina, 1890-1940*, Madrid, UAM.
- Merke, Federico y Gino Pauselli (2014). “EE.UU., en la mirada de América Latina: de la condena al ejemplo”, en *La Nación*, suplemento “Enfoques”, Buenos Aires, 29 de junio.
- Míguez, Pablo (2013). “El estado capitalista, la crisis financiera y el debate imperio-imperialismo”, en Julián Kan y Rodrigo Pascual, *Integrados (?)*.
- Moniz Bandeira, Luis Alberto (2011). *Fórmula para el caos: la caída de Salvador Allende: 1970-1973*, Buenos Aires, Corregidor.
- _____. (2010). *Presencia de Estados Unidos en Brasil: dos siglos de historia*, Buenos Aires, Corregidor.
- _____. (2007) *La formación del imperio americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*, Buenos Aires, Norma.
- Morgenfeld, Leandro (2012). “La apuesta latinoamericana” en *Relaciones peligrosas. Argentina y Estados Unidos*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- _____. (2011). *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1995)*, Buenos Aires, Continente.
- Pita González, Alexandra (2009). *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes de intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima.
- Pita González, Alexandra y Carlos Marichal Salinas (coords.) (2013). *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México, El Colegio de México / Universidad de Colima.
- Quesada Monge, Rodrigo (2012). *América Latina 1810-2010: el legado de los imperios*, San José de Costa Rica, EUNED.
- Quesada Monge, Rodrigo y Mario Oliva Medina (2008). *El pensamiento antiimperialista de Octavio Jiménez. Antología de Estampas publicadas en Repertorio Americano (1929-1938)*, San José de Costa Rica, EUNED, dos tomos.
- Romano, Silvina (2013). *¿América para los americanos? Integración regional, dependencia y militarización*, La Habana, Ruth.
- Said, Edward (1996). *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
- Vara, Ana María (2013). *Sangre que se nos va. Naturaleza, literatura y protesta social en América Latina*, Sevilla, CSIC.
- Zibechi, Raúl (2013). *Brasil, ¿el nuevo imperialismo? Interrogantes y desafíos del nuevo escenario latinoamericano*, Buenos Aires, La Vaca.

LIBROS
REVISTAS
ENCICLOPEDIAS
COLECCIONES



LIBRERÍA
LATINOAMERICANA
y CARIBEÑA de
CIENCIAS SOCIALES

www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana



CLACSO.TV. Es una plataforma web de difusión de entrevistas, documentales y diversos registros audiovisuales que aborda temas de relevancia en el campo de las ciencias sociales y las humanidades.

www.clacso.tv

RED DE BIBLIOTECAS
VIRTUALES DE
CIENCIAS SOCIALES

biblioteca.clacso.edu.ar

ACCESO LIBRE A 30.000 TEXTOS

La mayor Red de Bibliotecas Virtuales de
Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe